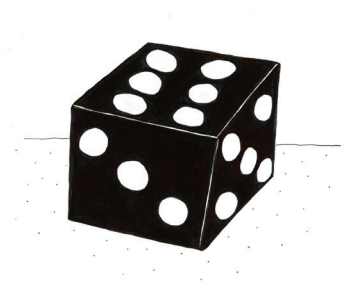


Las terapias del niño genio



*...porque la Tierra es un
dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura...*
César Vallejo
«Los dados eternos»

El perro se llamaba Gato y el conejo, Sócrates. Gato y Máximo eran inseparables, Sócrates más bien le servía de entretenimiento. Es que a los conejos les encanta dar vueltas y vueltas, y todo lo que diera vueltas o tuviera forma de una esfera a Máximo le fascinaba: las pelotas de tenis o fútbol, las naranjas, los trompos, la luna, el sol... el sistema solar completito. Se quedaba horas admirando una noche de luna llena o se echaba debajo de la sombra de su avión para observar el sol al mediodía y luego otra vez al atardecer. Dibujaba entonces una naranja perfecta y la pintaba de los colores de la puesta de sol. Máximo también era un verdadero artista. Eso sí, detestaba el color morado. También por eso no comía por nada una rebanada de berenjena ni probaba la remolacha, ni siquiera le gustaban las uvas de ese color. Dibujaba de memoria el mapa de los países del mundo con todo y sus capitales. También era un genio para las matemáticas y resolvía problemas tan avanzados que parecían estar escritos en chino. Podía llenar ocho páginas de números y símbolos para resolver un único problema de cálculo, y es que Máximo era un ingeniero nato. En cambio, no podía

descifrar las emociones en el rostro de sus familiares o criados. Además, fuera del entorno de la casa no contaba con un solo amigo. Confundía las expresiones de la cara, así como los sentimientos, porque para él era igual la alegría, la tristeza, el miedo, el enojo, la intranquilidad o la calma. Se sentía muy incómodo entre extraños, más aún si estaba delante de un grupo de personas. Cualquier contacto físico era motivo de una angustia inexplicable, y más si se trataba de un desconocido.

Cada dos meses traían a Víctor Hugo, un caballo blanco preciosísimo, del cual se ocupaba también una de las nietas de doña Perla. Lo mantenían en un rancho en otro pueblo, pero doña Perla había pedido un permiso especial al Municipio para que permitieran traerlo al jardín de la casona, alegando que se hiciera una excepción por motivos terapéuticos. Este caballo era muy importante porque, gracias a este animal y a los cuidados especiales de la casa, Máximo iba mejorando poquito a poco.

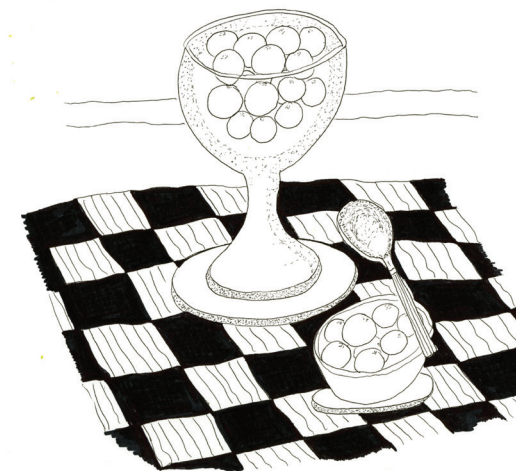
Y todos tenían muchísima paciencia. Doña Canto, con la ayuda imprescindible de doña Cloti, preparaba los antojitos redondos de Máximo: las frituras de maíz tierno, las papitas fritas y las croquetas, hasta el arroz debía servirse en un molde abultado del tamaño de una pelota de tenis; a modo de rosario alrededor del plato se alineaban las arvejas (guisantes), y los huevos se freían en otros moldes para que salieran redonditos y así y así... Porque hasta los bananos debían cortarse en redondeles, y los melones y sandías debían parecer pelotitas de juguete. Todas las verduras, desde las zanahorias hasta los

pepinos y las cebollas, debían cortarse en redondo, sin excepción. Para que comiera una ensalada, las hojas de lechuga se amarraban con cebollines hasta formar una bola perfecta, previamente rellena de tomates redonditos. Doña Canto y doña Cloti hacían esto con muchísimo cariño, por eso Máximo se llevaba muy bien con ellas. Y como hasta las servilletas de papel debían ser redondas, esto se convirtió en un verdadero dilema, ya que no existía este tipo de servilletas ni en Ciudad Piedra ni en la capital. Investigando posibilidades, descubrieron que podían encargárselas por internet; gracias a Dios, fue la solución al problema.

Al poco tiempo de mi llegada, cuando doña Perla y doña Nelita se enteraron de que yo sabía coser, me encargaron convertir unas telas de algodón en sábanas redondas para que Máximo pudiera usarlas en su nuevo colchón redondo que acababa de llegar de una colchonería especializada en Alemania. Es que, desde hacía más de cuatro meses, habían notado que se despertaba por lo menos seis veces durante la noche: Máximo no podía conciliar el sueño en un colchón rectangular. Además, estaba creciendo muy deprisa y le daban unos dolores agudos en las piernas. Por eso me habían puesto al tanto de los gritos que escucharía algunas madrugadas.

—No te espantes, Amanecer querida —me advirtió doña Nelita—, que Máximo se apacigua pronto, en cuanto don Chepe, no sé si sabes que duerme en el cuarto de al lado, le sobe las piernas con su pomada china. Es casi milagrosa esta pomada.

Ay, pobre de Máximo, pensaba cuando me enteraba de todo esto, ¡con lo inteligente que es!



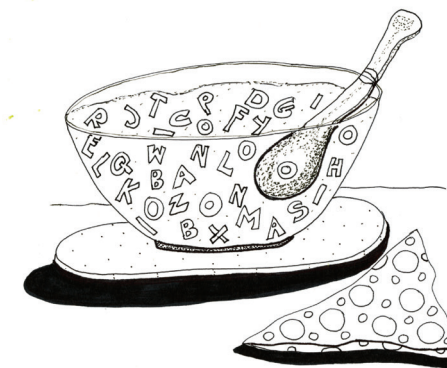
La enfermedad del chico

Se me encogió el corazón el día que me presentaron a Máximo. Solo agachó la cabeza. Supongo que ese sería su saludo. Y no me tomó más de tres minutos ver los ojos perdidos y atar unos cuantos cabos para darme cuenta de que este era el mismo «muchacho del carro negro» a quien tantas veces había visto desde la esquina del paradero de autobús. No podía creerlo... ¡Cómo se entretiene el destino con una!

En realidad, nadie me decía qué enfermedad tenía este chico. Solo sé que sí podía hablar, pero optaba por no hacerlo; escuchaba perfectamente y, según doña Perla, la música clásica de Chopin y de Mozart le encantaba, lo calmaba. Porque cualquier otro ruido lo asustaba de sobremanera: simplemente no lo soportaba. Tenía un oído tan sensible que podía escuchar, desde su avión, el sonido de un teléfono, el timbre y cualquier portazo inesperado de la casa grande. De inmediato actuaba totalmente irracional, como un verdadero loquito. Se tapaba con ambas manos las orejas y se revolcaba por el suelo en una típica pataleta que le duraba varios minutos. Por eso, estaban pensando tapizar el avión con retazos de alfombras para atontar todo tipo de ruidos.

Y ya les hablé de algunos talentos de este chico enfermo, pero me faltó contarles que Máximo era un genio de creatividad, buenísimo para la electrónica y un experto en todo lo referente a la tecnología moderna; por supuesto, las computadoras eran su fuerte. Construía aparatos que parecían sacados de películas de ciencia ficción, leía física teórica y astrofísica; en

cambio, cuando le servían su caldo con pasta en forma de letras, solo se comía las «oes».



También disponía de una paciencia admirable; de hecho, era metódico en todo lo que hacía, hasta alineaba sus lápices en orden de tamaño y en una hilera perfecta. Pero solo te miraba a los ojos si acaso le caías bien; por nada, me dijeron, debía tocarlo. Mucho menos darle un abrazo. «Si saluda, ni se le ocurra darle la mano tampoco; Máximo es un niño muy especial. Pobrecito; perdió a su mamita tan tiernito. Pienso que tuvo que afectarlo, ¿que no?», me aconsejó esa tarde doña Cloti. Y doña Perla fue la que me dio la mejor definición: «Es que su alma no todo el tiempo anda conectada al cerebro, Luz. Pero el día menos pensado, mente y corazón van a poder comunicarse y entonces Máximo quedará completamente curado».

Doña Perla también me contó que, cuando más chiquito, trataron de que fuera a la escuela para que conviviera con niños de su edad. No pudo hacer amigos; no sabía cómo. No duró más que unas pocas semanas en ese colegio parroquial. No entendía los rituales ni los rezos, se aburría en las clases y se ponía muy majadero a la hora del almuerzo. Se mantenía con la boca como



puchero y se tapaba la nariz aplastándola con dos cucharas para no tomar la sopa de sémola, y mucho menos iba a comer el hígado estofado con cebollas moradas. Se sentía agobiado por la bulla de ese comedor enorme lleno de niños con los que no tenía nada en común. En lo que servían la fruta, jugaba con los platos de loza de sus compañeros de mesa, le divertía verlos girar como trompos. Las monjas optaron por encerrar al chico en uno de los autobuses vacíos que descansaban en el patio al mediodía. Allí debía permanecer durante toda una hora y más, mientras los demás niños almorzaban y disfrutaban del recreo. Querían evitar que los compañeros de clase, con el ejemplo, aprendieran sus «malas costumbres» o copiaran sus berrinches, y también que vieran que Máximo traía, atorados en sus bolsillos y envueltos en servilletas de papel, los alfajores de su tía. Se comía cuatro o cinco alfajores en vez de probar un bocado de su almuerzo. Examinaba uno a uno por varios minutos para asegurarse de que fueran de un redondel perfecto; luego, los alineaba meticulosamente sobre las servilletas de papel y, por último, separaba los alfajores exactamente a medio centímetro

de distancia entre cada uno. Después, los devoraba con gusto; disfrutaba tanto de este postre que sentía como si la lengua y su paladar anduviesen de fiesta. Por supuesto, terminaba cubierto por entero de azúcar en polvo, que iba lamiendo el resto de la tarde en el salón de clase, empolvando de azúcar también la silla y el escritorio. Cuando doña Perla se enteró del aislamiento desalmado que sufría su bisnieto, inmediatamente fue a retirarlo de ese colegio de monjas perversas que no tenían la más mínima compasión por su niño enfermo. Máximo nunca más regresó a esa escuela ni a ninguna otra. Tenía tan solo seis años.

Fue desde ese entonces que empezaron a contratar profesores privados para que Máximo continuara su educación en casa o, mejor aún, en su avión. Que, dicho sea de paso, mandó a construir doña Perla para alivianar un poco el corazón de su muchachito después de la trágica experiencia en el colegio aquel.

